

FIRMES EN LA BRECHA

Cómo los católicos jóvenes podemos derrotar al mundo

Juan Antonio Widow Ruiz

Una de las grandes pruebas de la autenticidad de la Iglesia Católica, es su continuidad histórica, que se ha mantenido por más de 2000 años sin interrupción, superando a cualquier otra institución en el mundo, pese a las numerosas tempestades que la han sacudido en el tiempo, pero de las que, sin embargo, ha salido airosa cada vez, a pesar de las persecuciones, y a pesar de los mismos católicos que no siempre han sido consecuentes con su doctrina. Esto sólo es explicable por una diferencia fundamental con esas otras instituciones: su origen no es humano, sino divino. Cuentan que el célebre historiador Ludwig von Pastor (1854-1928), pudo dar fe de esto cuando se convirtió al catolicismo al estudiar la Historia de los Papas en el Archivo Secreto Vaticano.

Como se ha mencionado anteriormente, tempestades ha habido en la Iglesia desde los primeros tiempos, a saber: las persecuciones del Imperio Romano, el arrianismo, las invasiones de los bárbaros, la embestida del Islam, la querrela de las investiduras, la herejía de los cátaros, el renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia, la reforma protestante, la revolución francesa y el liberalismo, y más recientemente, el modernismo, definido por San Pío X como «la suma de todas las herejías». Es evidente que no escapamos al día de hoy a esta tendencia histórica, encontrándonos sumidos en una crisis que mucho tiene de modernista, y se expresa en lo que Benedicto XVI ha definido como la «dictadura del relativismo».

Se dice que hoy la esperanza de la Iglesia está en los jóvenes, mas, así como es necesario para que un ejército gane una batalla, la existencia de una organización, de armas, de estrategia y táctica, y de voluntad de lucha; es también imperativo proveer de estos elementos al joven

DIÁLOGO 73

católico, para que pueda enfrentar con energía a un mundo vertiginoso que destruye todo a su alrededor.

SANTIDAD

Es de particular importancia, para encontrar estos elementos que permitan a la juventud enfrentar al mundo, el notar cual fue el común denominador que permitió a la Iglesia hacer frente a cada una de sus crisis. La respuesta es más simple de lo que parece: los santos. La sangre de los mártires de los primeros tiempos, la voz de San Atanasio contra los arrianos, la determinación de San Fernando en la reconquista de España de manos del Islam, y la voluntad de San Ignacio de Loyola para contrarrestar los efectos de la reforma protestante, todos ellos asistidos con la Gracia Divina, dan cuenta de lo que se necesita hoy en forma urgente. Pero no sólo los grandes santos que fueron los faros de su tiempo ganaron esa batalla: tras ellos hubo una multitud de pequeños santos que, bajo su guía, dieron testimonio en el anonimato.

Todos estamos llamados a ser santos. No es necesario estar canonizado para serlo. Santo es aquel que vive en Gracia de Dios, que en la acción y la oración busca el cumplimiento de su Divina Voluntad, animado por la caridad. Esta es la primera gran tarea del joven católico si busca salvar la humanidad: ser santo, y ponerse a disposición de Dios, como instrumento suyo, para la santificación de todos los hombres, para mayor gloria de su Nombre.

FORMACIÓN

Ahora, es deber de todo católico el poner los medios para acrecentar su formación doctrinal, filosófica y teológica. Uno de las grandes tentaciones del mundo actual es la pereza intelectual. El desarrollo acelerado de tecnologías que cada vez exigen pensar menos a las personas, junto a la estrategia liberal y marxista de reemplazar progresivamente la verdadera educación por el adoctrinamiento ideológico o la

FIRMES EN LA BRECHA

simple ignorancia disfrazada de «educación de calidad» (una masa ignorante es más fácil de manejar), han provocado un embotamiento de las mentes llamadas a ser luz de nuestros tiempos. El católico debe ser capaz de sostener una discusión sin desfallecer por falta de argumentos, acordándose de invocar siempre la ayuda del Espíritu Santo, que pondrá las palabras en su boca; debe ser el mejor en su propio ámbito de acción, lo que le dará autoridad para que lo que diga sea escuchado; y no debe caer en la soberbia de pensar que con su sólo intelecto desnudo superará más de 20 siglos de Magisterio ininterrumpido, asistido por el mencionado Espíritu. Pero el logro de este objetivo supone un esfuerzo de la voluntad, un vencerse a sí mismo día a día para lograr tener una recta y completa formación. Además, debe tenerse presente que lograr esto no es únicamente una empresa individual: es vital una buena dirección espiritual, y se deben formar grupos en torno a maestros auténticamente cristianos, sin olvidar que de entre los jóvenes católicos deben salir, hoy, los maestros del mañana.

SACRAMENTOS Y ORACIÓN

Como se explicó anteriormente, es de toda importancia para el católico tener una buena formación; sin embargo, ni la más completa instrucción en la Verdad servirá de nada si se dejan de lado los Sacramentos y la Oración. El hombre sólo no es capaz de lograr el conocimiento de la Verdad y la Salvación, pero Dios quiere ayudarnos, y ha instituido para eso los Sacramentos, signos sensibles y eficaces de su Gracia, mediante los cuales participamos de la Vida Divina. El joven católico debe ser intensamente eucarístico, y debe encontrar en este Sacramento la fuerza para enfrentar el mundo sin desfallecer, orientando todas sus intenciones, acciones y operaciones a la mayor gloria de Dios.

De la mano de la vida sacramental, no se debe dejar de lado la Oración y la Meditación, la conversación con el Creador. Jesucristo dijo «Os aseguro que si tenéis Fe y no vaciláis... incluso si decís a este monte: “Quítate y arrójate al mar”, así sucederá. Y todo cuanto pidáis

DIÁLOGO 73

con Fe en la oración, lo recibiréis» (Mt 21,21-22). ¡Cuánto bien se podría hacer, y cuánto mal se podría evitar, si tan sólo viviéramos estas palabras!

AMISTAD, ASOCIACIÓN Y MUTUO APOYO

«Divide y Vencerás»: una estrategia del enemigo es separar a los buenos, ya sea mediante peleas internas o el simple desconocimiento mutuo. Siendo el hombre un ser social por naturaleza, es deber del católico buscar, conocer, asociarse y trabar amistad con otros católicos, con gente de su misma formación. El asociarse con no creyentes e intentar separar en la relación con ellos el tema religioso, o el creer que uno se basta a sí mismo para lograr una conversión, puede ser como jugar con fuego y rayar en la temeridad. No quiere decir esto que haya que eliminar el celo apostólico, todo lo contrario, pero se debe buscar el apoyo moral en las fuerzas del bien, en otros católicos practicantes y poner la confianza en Dios, que es el dueño de los corazones. Existen muchos católicos que por razón de su trabajo o situación temporal deben lidiar diariamente con ambientes poco propicios para la virtud, pero aún ellos pueden asociarse con gente debidamente formada, ya sea en su tiempo libre fuera del trabajo, ya sea utilizando a su favor las nuevas tecnologías de la comunicación.

SACERDOCIO Y VOCACIÓN

«La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Lc 10,2). ¿Cuántos de nosotros cumplimos este mandato de orar por las vocaciones sacerdotales? Es más, ¿cuántos rezan por las vocaciones, pero no están dispuestos a aceptarla en sí mismos o en familiares y amigos? «...el sacerdocio católico es lo más grande que hay sobre la tierra. El sacerdote es el padre, doctor, consejero, consolador, amigo, dispensador de la gracia, Cristo

FIRMES EN LA BRECHA

viviendo permanentemente en el mundo»¹.¿Cómo resistir ese llamado?

Hoy en día existe una campaña de desprestigio inmenso contra los sacerdotes, pero, ¿por qué achacar a todos el pecado de unos pocos? No podemos vivir sin los ministros de los Sacramentos de Cristo. Debemos rezar por su santidad y acompañarlos, ya que están muy solos, física y espiritualmente. Y debemos considerar el grandísimo honor que nos hace Dios al suscitar una vocación sacerdotal o religiosa en nuestra familia.

MATRIMONIO, FAMILIA Y PROCREACIÓN

Si bien el estado más perfecto es el sacerdotal, no todos tienen vocación al sacerdocio, sino que la mayor parte de los creyentes están llamados al Matrimonio y a formar una familia. Pero no es éste un tema que requiera de menor atención. La familia es uno de los últimos bastiones que quedan por destruir en el mundo moderno, y está, mientras se escriben estas líneas, bombardeada de la forma más encarnizada, siendo el divorcio, el aborto y la ideología de género los ejemplos más claros de esto.

El católico debe procurar fundar su familia en Cristo, no olvidando que el amor humano sólo alcanza su plenitud cuando adquiere conciencia de que es participación del divino; es decir, son tres los protagonistas del amor matrimonial: el amante, el amado, y Dios.

Los católicos deben esforzarse en formar matrimonios con católicas, buscando que el objetivo primordial sea alcanzar juntos la santidad, colaborando con el plan divino de la creación, sin cerrarse jamás a los aspectos unitivo y procreativo del Sacramento. Esta afirmación

¹ HURTADO, ALBERTO. S.J., *La Elección de Carrera*.

DIÁLOGO 73

no pretende condenar a los matrimonios mixtos, pero no se debe olvidar que estos casos constituyen excepciones para las que se requiere dispensa, por lo que se debe tener que cuidar, formar y alimentar particularmente la Fe propia y la de los hijos.

No deben olvidar los padres cristianos que son los primeros (entiéndase esto tanto en sentido temporal como de importancia) educadores de sus hijos, y no sólo deben educarlos para Dios en las virtudes y en la Doctrina cristiana, sino que deben ejercer, aún en contra de toda corriente social, la patria potestad, supervisando lo que se aprende en colegios y grupos de amigos, y no abandonar cómodamente al niño a influencias que no siempre son deseables.

Semillero de virtudes han sido siempre en la historia de la Iglesia las familias numerosas, surgiendo de ellas grandes santos como San Ignacio de Loyola, San Pío X, Santa Catalina de Siena y Santa Teresita de Jesús, entre tantos otros. En cuanto a éstas, a modo de reflexión, en un mundo en que se pregona el control irracional de la natalidad, ¿por qué no considerarlas también como una santa respuesta, entregando cristianos a Dios mientras los hombres del mundo cosechan lo que han sembrado?

SANA DIVERSIÓN

Pudiera ser que algunos lectores encontraran que, de seguir las estrategias explicadas anteriormente, el joven católico sería una persona irremediablemente aburrída. Nada más alejado de la realidad: El católico íntegro no debe proyectar una imagen amargada, sino alegre y entusiasta, y junto a sus obras de caridad, debe saber divertirse, cantar, bailar sanamente, hacer reír sin caer en el doble sentido, e incluso esto hacerlo para mayor gloria de Dios. Saber contagiar el modo sano de divertirse, puede ser una gigantesca obra de apostolado cristiano. No por nada Santa Teresa de los Andes decía que «Dios es alegría infinita» (Carta 101), mientras Chesterton escribió que «la alegría es el secreto

FIRMES EN LA BRECHA

gigantesco del cristiano». San Pablo insiste en que si uno es auténticamente cristiano no puede estar triste, sino que debe ser alegre, diciendo que «los frutos del Espíritu Santo (en nuestra alma) son amor, alegría, paz...» (Gal 5,22), y «el reino de Dios... es alegría en el Espíritu Santo» (Ro 14,17), exhortándonos: «estad siempre alegres» (1Te 5,16; cf. Flp 4,4).

CONCLUSIÓN

Una paradoja del mundo de hoy es que, mientras la esperanza se deposita en los jóvenes, la mayor parte de éstos se encuentra perdida en el laberinto moderno, sin guías que los conduzcan para capear la tempestad actual. Hoy, como nunca, deben dedicarse esfuerzos enormes a despertar e iluminar a esos espíritus juveniles que son el futuro de nuestras patrias cristianas. No es este momento de guardar silencio. Con la pluma y la voz, con nuestro obrar en caridad, debemos reaccionar ante el ataque cada vez más patente que sufre nuestra Santa Madre Iglesia. Tal ha sido el espíritu de estas líneas.